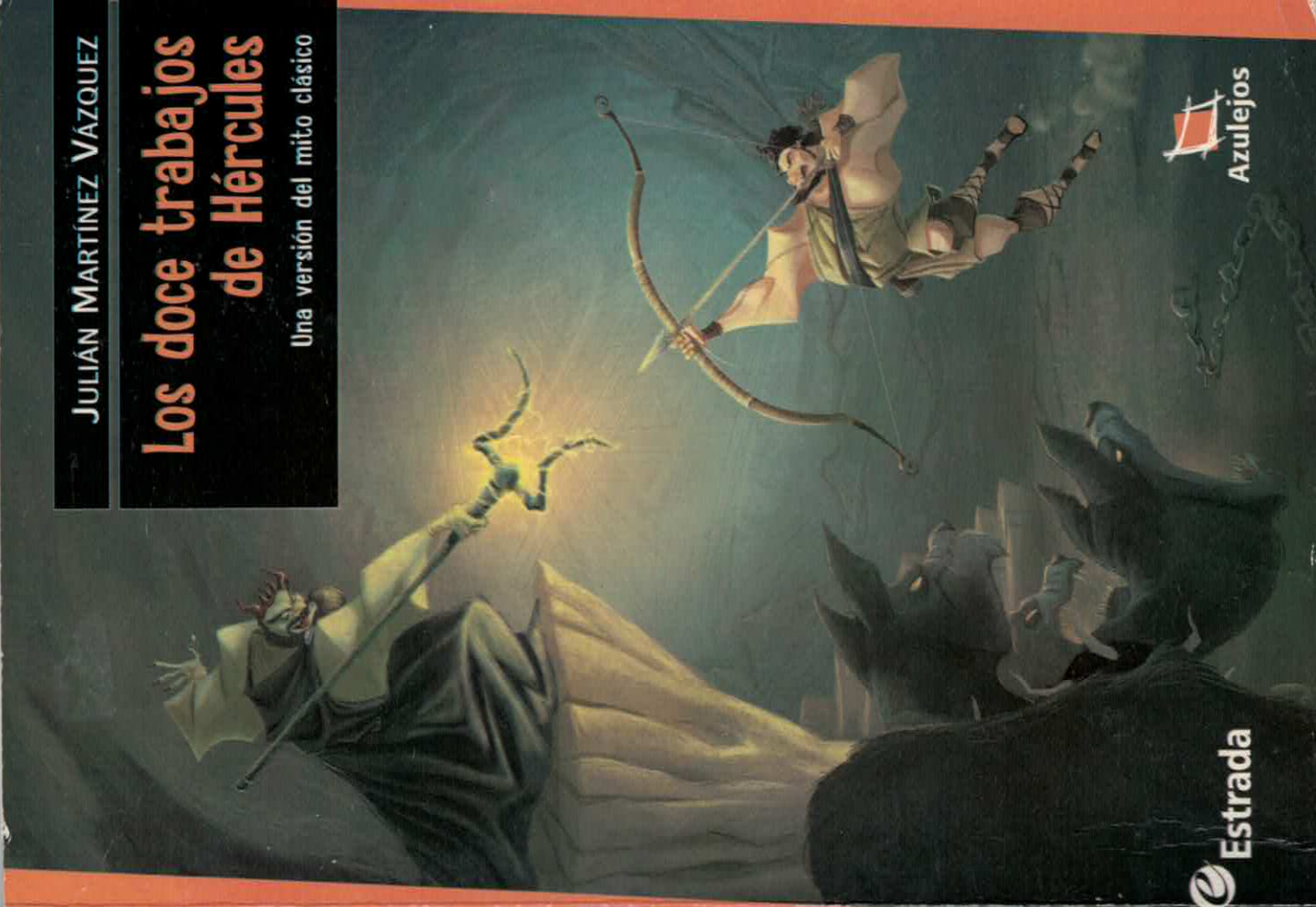


JULIÁN MARTÍNEZ VÁZQUEZ

# Los doce trabajos de Hércules

Una versión del mito clásico



 Estrada

 Azulejos

28

Los doce trabajos de Hércules - Julián Martínez Vázquez

Biblioteca Leonardo Da Vinci

Ingreso: 22-02-2019

N. Inv.: 012556

Procedencia: donado

12556  
808 Mar

# Los doce trabajos de Hércules

Una versión del mito clásico

Julián Martínez Vázquez

ILUSTRACIONES

DE PABLO PINO

 Estrada  
Azulejos

BIBLIOTECA  
Escuela Dante Alighieri

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani  
Edición: Karina Echevarría  
Actividades: Alejandro Palermo  
Corrector: Mariano Sanz  
Coordinadora de Arte y Diseño: Valeria Bisutti  
Diagramación: Laura Barríos  
Gerente de Prensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Martínez Vázquez, Julián

Los doce trabajos de Hércules : una versión del mito clásico / Julián Martínez Vázquez ; ilustrado por Pablo Pino. - 2a ed. - La reimp. - Boulogne : Estrada, 2015.

96 p. : il. ; 19x14 cm. - (Azulejos. Naranja ; 28)

ISBN 978-950-01-1634-3

1. Mitos. I. Pino, Pablo, illus. II. Título  
CDD 398.2

 COLECCIÓN AZULEJOS - SERIE NARANJA

28

© Editorial Estrada S. A., 2012.  
Editorial Estrada S.A. forma parte del Grupo Macmillan.  
Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.  
Internet: [www.editorialestrada.com.ar](http://www.editorialestrada.com.ar)  
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.  
Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.  
ISBN 978-950-01-1634-3

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## Índice

El autor y la obra.....	5
Biografía.....	7
Los mitos griegos.....	8
¿Quiénes eran los héroes?.....	9
<b>Los doce trabajos de Hércules.....</b>	<b>11</b>
1. El nacimiento de Hércules.....	13
2. De aquí para allá.....	21
3. El castigo.....	27
4. El león de Nemea.....	31
5. La hidra de Lerna.....	37
6. La cierva y el jabalí.....	41
7. Los establos del rey Augias.....	45
8. El toro de Creta y las aves del lago Estínfalo.....	51
9. Las yeguas de Diomedes.....	59
10. El cinturón de Hipólita.....	63

BIBLIOTECA  
Escuela Dante Alighieri  
Calle de Vin...







**BIO-  
GRAFÍA**



**JULIÁN MARTÍNEZ VÁZQUEZ** nació en Buenos Aires, el 2 de mayo de 1968, pero vivió toda su infancia en Necochea, junto al mar, con sus padres y sus cuatro hermanos. De chico, le gustaba ver cómo los

barcos se movían en el horizonte, sobre todo los días de tormenta. Y, también, andar en bicicleta y leer. Leyó todo tipo de libros: de aventuras, de viajes, de misterio.

A los veinte años, volvió a Buenos Aires, donde cursó la carrera de Letras. En ella, descubrió a los autores griegos de la Antigüedad. Tanto le gustaron esas viejas historias, que se fue a España y allí continuó estudiándolas durante tres años. Es profesor de español en la Universidad del Salvador. Y, además, escribe historias sobre los héroes de la mitología griega.

En esta misma colección Azulejos publicó, entre otros títulos, *Los mitos griegos* y *El viaje de los Argonautas*.

## Los mitos griegos

Los mitos son relatos muy antiguos, protagonizados por dioses y por héroes. En todos los lugares del mundo, y en distintos momentos de la historia, los pueblos han contado mitos para explicar el origen de las cosas, o para enseñar el modo en que conviene comportarse. Además, es frecuente que en los mitos aparezcan seres sobrenaturales, como los cíclopes o las sirenas. Algunos de estos seres son monstruos invencibles. Solo unos pocos héroes logran enfrentarse a ellos y vencerlos, gracias a su fuerza increíble o a su prodigioso ingenio.

En la antigua Grecia, los mitos narraban las historias de los dioses y las diosas que vivían en la cima del monte Olimpo, una de las más elevadas de la región. Esos dioses y esas diosas eran bastante parecidos a los seres humanos, claro que con algunas diferencias: no morían jamás, se mantenían eternamente jóvenes y poseían poderes especiales... Por ejemplo, podían desencadenar una tormenta de rayos en cualquier momento; y también eran capaces de hacer que las personas se enamorasen apasionadamente con solo arrojarles una de sus flechas mágicas.

## ¿Quiénes eran los héroes?

Los griegos creían que, en una época remota, habían existido hombres con cualidades sobresalientes: coraje, fuerza, inteligencia, velocidad... Nadie podía compararse con ellos en esas cuestiones. Por eso, los antiguos los consideraban verdaderos modelos que valía la pena imitar.

Los llamaban *héroes*. En realidad, los héroes eran más que hombres comunes, porque habían nacido de la unión entre un ser humano y un ser divino. Algunos de esos héroes lucharon en la famosa guerra de Troya, que duró diez años. Otros realizaron largos viajes, en los cuales pudieron conocer seres fabulosos y pueblos con costumbres extraordinarias. Algunos conquistaron objetos mágicos, que los ayudaban a salir triunfantes en sus aventuras. Y otros se enfrentaron a monstruos temibles y lograron vencerlos.

De todos los héroes de la mitología griega, hay uno que se hizo particularmente famoso. Tan famoso, que es casi imposible que no hayan oído su nombre alguna vez: *Hércules*. Este libro cuenta sus aventuras, para que ustedes puedan revivir las pruebas que debió atravesar el forzado más famoso de todos los tiempos.



## Los mitos griegos con más sentido

Los mitos griegos son una gran fuente de inspiración para los escritores de hoy. Pero, ¿qué sentido tienen estos mitos? ¿Por qué seguimos leyendo sobre ellos? En este artículo vamos a explorar algunos de los mitos griegos más importantes y a descubrir qué nos enseñan sobre la vida humana.

El mito de Prometeo es un ejemplo perfecto de esto. Prometeo es el titán que robó el fuego a los dioses y lo dio a los humanos. Por esto, Zeus lo castigó con una terrible pena: lo ataron a una roca y lo dejaron allí para siempre. Este mito nos enseña sobre el valor de la curiosidad y la búsqueda del conocimiento, pero también sobre las consecuencias de desafiar a la autoridad.

Otro mito importante es el de Pandora. Según la leyenda, Pandora fue la primera mujer creada por los dioses. Ella era perfecta en todos los sentidos, pero Zeus le dio un regalo que se convirtió en la causa de todos los males del mundo: una caja que contenía todos los problemas de la humanidad. Este mito nos enseña sobre la naturaleza humana y la importancia de la prudencia.

Finalmente, el mito de Sísifo es otro ejemplo de la lucha humana contra el destino. Sísifo era un rey que se negó a aceptar su destino y se negó a pagar a los dioses. Como castigo, Zeus lo condenó a empujar una piedra pesada hasta la cima de un monte, solo para que esta rodara de nuevo al pie. Este mito nos enseña sobre la importancia de aceptar el destino y la necesidad de encontrar significado en la vida.

## 1. El nacimiento de Hércules

# Los doce trabajos de Hércules

El nacimiento de Hércules se produjo en Tebas, cuando Zeus se casó con Hera y ella se enfadó por el adulterio que Zeus había cometido con Leto.

Zeus se casó con Hera y ella se enfadó por el adulterio que Zeus había cometido con Leto.

Zeus se casó con Hera y ella se enfadó por el adulterio que Zeus había cometido con Leto.

Zeus se casó con Hera y ella se enfadó por el adulterio que Zeus había cometido con Leto.

Zeus se casó con Hera y ella se enfadó por el adulterio que Zeus había cometido con Leto.

Zeus se casó con Hera y ella se enfadó por el adulterio que Zeus había cometido con Leto.

Zeus se casó con Hera y ella se enfadó por el adulterio que Zeus había cometido con Leto.

Zeus se casó con Hera y ella se enfadó por el adulterio que Zeus había cometido con Leto.

Zeus se casó con Hera y ella se enfadó por el adulterio que Zeus había cometido con Leto.

Zeus se casó con Hera y ella se enfadó por el adulterio que Zeus había cometido con Leto.

Zeus se casó con Hera y ella se enfadó por el adulterio que Zeus había cometido con Leto.



# 1. El nacimiento de Hércules

La historia de Hércules, igual que la historia de cualquiera de nosotros, empezó nueve meses antes de su llegada al mundo. Pero, la verdad, el nacimiento de Hércules no fue como el de cualquier hijo de vecino. Porque su padre fue nada más y nada menos que Zeus, el más poderoso de todos los dioses.

Zeus estaba casado con Hera. Y Hera, además de tener muchos poderes, era la diosa más celosa del Olimpo<sup>1</sup>. Para empeorar las cosas, Zeus era bastante enamorado.

Por ese entonces, en Tebas, una de las ciudades más ricas de Grecia, vivía, feliz y contenta, una mujer muy hermosa llamada Alcmena. Un día Zeus la vio y, en un segundo, se enamoró perdidamente de ella.

Pero había un problemita: Alcmena estaba casada con el noble Anfitrión, y era una esposa muy fiel. Y, por supuesto, si Zeus quería encontrarse con Alcmena, tenía que resolver otro problemita: hacerlo sin que Hera se diese cuenta.

<sup>1</sup> Lugar donde vivían los dioses. Estaba en la cima de una montaña, entre las nubes.

Una tarde, Zeus aprovechó que su esposa estaba distraída, y bajó a la Tierra. Casualmente, Anfitríón se encontraba lejos de casa, combatiendo en una guerra. Entonces, a Zeus se le ocurrió una idea brillante: con unas palabras mágicas, adoptó el aspecto de Anfitríón y así se fue a visitar a Alcmena.

—¡Esposo! —exclamó la mujer, muy sorprendida—. ¡Ya volviste! Te esperaba mañana.

“Perfecto”, se dijo Zeus. “Ella no sospecha nada”. Y entonces le dijo una mentira:

—Por suerte, la guerra terminó pronto, así que volví antes. La mujer le dio un beso al que creía que era su marido.

—Te extrañé mucho —le dijo, con lágrimas en los ojos.

—Eh... Ah... Sí, yo también —contestó Zeus, que no dejaba de mirarla embelesado<sup>2</sup>.

Al día siguiente, Zeus regresó al Olimpo lo más campan- te, como si nada hubiera ocurrido. Hera le vio la cara de inocente y empezó a sospechar.

—¿De dónde vienes a estas horas?

Zeus respondió lo primero que se le vino a la cabeza. Por desgracia para él, por más padre de los dioses que fuera, no sabía mentir.

<sup>2</sup> Cautivado por ella, enamorado.





Hera, llena de rabia, murmuró:

—Seguro que tuviste una de tus aventuras otra vez...

Zeus se preocupó. Los enojos de su esposa no eran precisamente de los que se pasan rápido.

Esa misma tarde, el verdadero Anfitrión entró en la casa, dejó el escudo y la lanza en un rincón y corrió a ver a su esposa.

Alcmena estaba tejiendo en el telar.

—¡Te extrañé mucho, mi amor! —le dijo el noble, en cuanto la vio.

Ella siguió trabajando como si nada.

—No exageres, Anfitrión. ¡Si te fuiste hace diez minutos...! —le contestó, lo más tranquila.

El hombre sonrió. Interpretó que ella quería decir que siempre estaban juntos en el pensamiento, o algo por el estilo.

—Terminó la guerra, por suerte. ¡Así que ahora tenemos vacaciones!

—¡Sí, ya me contaste! —lo interrumpió ella, mientras pensaba, un poco fastidiada: “¡Otra vez me va a contar la batalla esa!”.

La respuesta de Alcmena sorprendió nuevamente a su esposo. ¡Si él acababa de llegar!

Entonces, empezó a sospechar que algún dios había

andado por ahí. Y, sin decirle nada a su esposa, consultó al adivino Tiresias, un viejito muy arrugado y muy sabio, que veía todas las cosas del pasado, del presente y del futuro.

El adivino le dio la siguiente noticia:

—Tu mujer va a tener un hijo de Zeus. Y ese hijo será el hombre más fuerte de la Tierra. Todo el mundo admirará sus proezas.

Anfitrión quedó muy asombrado. Y, mientras pensaba en cómo sería criar a un hijo de Zeus, volvió caminando a su casa.

Pasaron los meses... Nueve meses, para ser más precisos.

La hermosa Alcmena estaba llegando al final de su embarazo y parecía un globo. ¡Ese chico iba a pesar mucho al nacer!

El marido, Anfitrión, en vez de enojarse porque él no era el padre, se sentía honrado. Nunca viene mal tener a un hijo de Zeus cerca, por si las moscas. Además, no se olvidaba de lo que había dicho Tiresias: ese hijo iba a ser famoso por sus hazañas.

El día en que iba a nacer el bebé, sobre la casa de Alcmena empezaron a caer rayos furiosos, uno tras otro. Por suerte, esos rayos no le hacían daño a nadie, aunque asustaron a toda la ciudad. Los perros se escondían debajo de



las mesas, aterrorizados. Era Zeus, que estaba nervioso por el nacimiento de su hijo. Cuando Zeus está nervioso, le da por lanzar rayos a diestra y siniestra.

Hera escuchó semejante batifondo y paró la oreja. "Zeus anda en algo raro", se dijo. Llena de rabia, decidió investigar. Siempre que su marido la engañaba en la Tierra con alguna mujer, ella perseguía a la desdichada y le hacía alguna maldad: a una la había transformado en vaca, por ejemplo. No era conveniente tener problemas con esta diosa.

Ya era bastante curioso el nacimiento de nuestro héroe, en medio de una tormenta de rayos. A eso se agregaba el suspenso creado por una profecía: los adivinos habían dicho que el primer descendiente de Perseo<sup>3</sup> que naciese en esos días iba a ser el futuro rey de Tebas, y que todos los que llegaran al mundo después que él tendrían que obedecerlo.

Cuando se enteró de esta profecía, Zeus se puso contento, porque Alcmena era una de las nietas de Perseo.

—¡Que nazca mi hijo pronto, así llega a ser el rey! —se ilusionaba.

Pero Hera, que también conocía la profecía, decidió vengarse de la infidelidad de su marido. ¿Cómo? ¡Muy simple!

Resulta que en la ciudad de Micenas, había una prima de Alcmena que también estaba embarazada, aunque le faltaban dos meses para dar a luz. Sin embargo, la diosa Hera adelantó su parto al mismo tiempo que atrasaba unos minutos el nacimiento del bebé de Alcmena.

Entonces ocurrió lo que la vengativa diosa había planeado: unos segundos antes que Hércules, nació su primo Euristeo, que no llegó a pesar ni tres kilos.

Y un rato después nació el bebé Hércules, que pesó alrededor de ocho kilos.

Así vino al mundo el que llegaría a convertirse en uno de los héroes más famosos. Llorando como cualquier recién nacido. Y sin saber todo el revuelo que había causado.

<sup>3</sup> Héroe griego que mató a la Medusa, un monstruo que convertía a los hombres en piedra cuando los miraba.

## 2. De aquí para allá

El nombre griego de Hércules es "Heracles". Esa palabra quiere decir "gloria de Hera". Así decidió llamarlo su madre, en honor de la diosa. ¿Ustedes creen que Hera estaba agrada-  
decida por ese gesto? ¡Para nada!

Cuando Alcmena se dio cuenta de que Hércules era hijo de Zeus y de que Hera iba a hacer todo lo posible para ven-  
garse, tomó una decisión bastante extrema.

Llamó a un sirviente y, con todo el dolor del mundo, le ordenó que abandonara al niño en un monte inhóspito<sup>4</sup>. Si verdaderamente era hijo de Zeus, como su marido le había asegurado, nada le iba a faltar.

Así se hizo. El sirviente dejó al pobrecito entre los arbus-  
tos, solo, lejos de la ciudad y de cualquier aldea. Y se retiró.

Al ratito, pasó por ahí Hermes<sup>5</sup>, el dios mensajero. Escuchó el llanto del niño y sintió compasión por él.

<sup>4</sup> Inseguro, sin abrigo.

<sup>5</sup> Uno de los hijos de Zeus. Tenía sandalias con alas, que le permitían volar para llevar más velozmente los mensajes de los dioses. Era el protector de los viajeros y acompañaba a las almas de los muertos en su camino al otro mundo.



—¡Este bebé está muerto de hambre! Y ahora, ¿qué hago? —se preguntó.

Entonces, se le ocurrió una idea brillante. Subió al Olimpo con el niño y se acercó a Hera, que no lo reconoció, por suerte.

—¡Qué lindo bebé, Hermes! ¿Es hijo tuyo?

—Mmmhhh... Sí, pero la madre se fue y ahora no sé cómo alimentarlo...

—¡Pobrecito! —exclamó Hera, y le arrebató al pequeño de los brazos.

La diosa madre, que por algo era la diosa madre, le dio de mamar. Esto era algo realmente bueno porque, además de otros nutrientes, la leche materna de Hera poseía uno que convertía a los niños en inmortales.

Pero Hércules era un bebé demasiado goloso. Y mordió de tal forma a Hera, que la diosa se enojó y lo tiró al suelo.

—¡Este chico es un monstruo! —gritó.

En ese momento, un chorro de leche salió despedido de su pecho. Y así se formó en el cielo la Vía Láctea<sup>6</sup>.

Hermes no se quedó mucho tiempo junto a Hera, porque ella podía darse cuenta de todo. Así que levantó vuelo, volvió a Tebas con Hércules y se lo llevó de vuelta a la hermosa Alcmena.

<sup>6</sup> Galaxia de la que forma parte el sistema solar.





—Disculpe, ¿a usted se le perdió este nene? le preguntó.  
—¡Ah...! ¡Eh...! ¡Sí, gracias!

La verdad es que la madre se puso muy feliz al recuperar a su bebé. Lo había extrañado mucho. Y de algo estaba segura: ya nunca más lo iba a dejar abandonado por ahí.

¿Ustedes se imaginaban que Hera iba a permitir que el chico creciese sano, feliz y contento?  
¡Por supuesto que no!

Como primer regalo, le mandó un par de serpientes venenosas. Las espantosas víboras entraron en la habitación cuando el niño estaba durmiendo. Se treparon a la cuna y se le enroscaron alrededor del cuello para dejarlo sin aire. Cualquiera otra persona se hubiese horrorizado, pero Hércules no era cualquier persona. Se despertó sin entender muy bien qué pasaba, agarró a las temibles víboras con sus manitos y las retorció hasta matarlas, como si fuesen dos pulgas.

Cuando Alcmena entró en la habitación para ver a su lindo retoño, descubrió esas espantosas alimañas destaladas a los costados de la cuna y se asustó. ¡No era para menos!

Corrió a contarle a su marido.

—Algo me dice que la diosa Hera está enojada con este chico. ¿Qué hacemos?

—No te preocupes, mujer, que nuestro hijo es fuerte —le respondió Anftrión, muy orgulloso.

Así pasaron los primeros años de Hércules, que crecía muy rápido por dos motivos:

1°) porque era hijo de Zeus,

2°) porque comía como dos personas adultas.

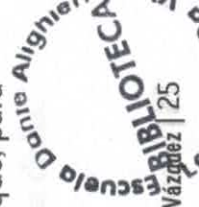
Anftrión llevó a Tebas a los mejores maestros, para que le enseñaran al niño a luchar cuerpo a cuerpo, a manejar el arco y otras armas, a tocar la lira, a leer, a escribir y a hacer las cuentas.

Con el tiempo, el pequeño Hércules se convirtió en un fornido muchacho en edad de casarse. Las chicas morían de amor por él. ¡Era tan fuerte y valiente! De hecho, se dedicaba a cazar leones en sus ratos libres. Eso las impresionaba bastante.

Cierta día, en el cielo hubo una revolución: los gigantes, unas divinidades inmensas y horribles, se rebelaron contra Zeus y los demás dioses, bajaron a la Tierra y empezaron a hacer desastre tras desastre. Arrancaban montañas enteras y se las tiraban a los dioses. Y usaban los árboles como si fuesen jabalinas.

A Zeus no le resultó nada fácil derrotar a estos revoltosos y encerrarlos en el infierno. Una profecía<sup>7</sup> anunció que, para

<sup>7</sup> Anticipo del futuro, realizado generalmente por un adivino.



vencer en este combate, los dioses necesitaban la ayuda de un mortal. No bien se enteró de esto, Zeus fue a buscar a Hércules, que todavía era bastante jovencito.

Con la ayuda de Hércules, los dioses lograron derrotar a los gigantes, uno por uno. El héroe mató a varios con sus flechas. Ese fue el comienzo de su fama. Sus hazañas empezaron a comentarse en toda Grecia.

### 3\* El castigo

Lo que más le gustaba a Hércules era luchar contra bandidos y malhechores.

En esos tiempos, Grecia estaba plagada de asesinos y ladrones que mataban y asaltaban a los viajeros. Así que Hércules se puso a recorrer los caminos y, a cada criminal que encontraba, lo derrotaba.

La gente, agradecida.

Como recompensa, un rey le ofreció la mano de su hija. Hércules, que había visto que la princesa era muy linda, aceptó.

Entonces se casaron y tuvieron hijos, como pasa en los finales felices de los cuentos...

Pero este cuento recién empieza. Porque Hera no se iba a quedar tranquila hasta arruinarlo todo. No le había perdidido el rastro a Hércules. Además, verlo y darse cuenta del parecido con Zeus era una misma cosa. Y eso alimentaba su rencor y la ponía loca de rabia.

Había demasiada felicidad en la vida del héroe y Hera consideró que ya era el momento de terminar con tanta dicha.



“¿Qué maldad puedo hacerle a este hombre?”, se preguntaba. “¿Y si le mando un monstruo horripilante para que lo enfrente...? ¡No, eso no va a servir! ¡Si ya despachó a varios gigantes!”

Después de mucho pensar, se le ocurrió algo perfecto. Decidió volverlo loco. Sí, así nomás.

Una mañana, Hércules se despertó como cualquier otro día, dispuesto a desayunar sus seis panes y sus cuatro tazones de leche matutinos. Pero ya había sido enloquecido por la diosa. Sin darse cuenta de nada, empezó a pelear hasta con su propia sombra. Estuvo horas peleando. Nadie podía detenerlo. No era nada recomendable andar cerca de Hércules cuando se enfurecía. Tiró por la ventana los muebles, las alfombras, las jarras repletas de vino, el perro... Ah, sí. También tiró por la ventana a su esposa y a sus hijos. No quedó nada en pie dentro del palacio. La gente huía despavorida. Y lo bien que hacía.

Al ver semejante estropicio, los dioses decidieron intervenir. Hera se hacía la distraída. Se limitó a decir:

—¿Vieron qué barbaridad lo que le ocurrió a ese muchacho?

Con la ayuda de Zeus, Hércules recuperó la razón. Cuando el pobre se dio cuenta de todo lo que había hecho, se puso muy triste.

Y aunque la culpa no había sido de él, los dioses le impusieron un castigo terrible:

—Hasta nuevas órdenes, tendrás que servir como esclavo a tu primo Euristeo —le comunicaron.

Hércules se indignó, porque era muy orgulloso. ¡Él, que era hijo del dios más poderoso, iba a ser esclavo de su primo?!

Zeus también sintió mucha amargura por este castigo. Pero comprendió que se estaba cumpliendo la profecía que pesaba sobre los descendientes de Perseo. Euristeo había nacido unos segundos antes que Hércules; por lo tanto, este debía obedecerlo.

Con la cabeza gacha y dispuesto a portarse bien, el héroe marchó hacia el palacio de Euristeo, que quedaba en la ciudad de Micenas.

—Bueno, ojalá que mi primo no me haga trabajar mucho —iba pensando, para consolarse.

¡Pobre de él! ¡No tenía idea de lo que le esperaba!



## 4. El león de Nemea

Cuando Hércules entró en el palacio de Micenas, a Euristeo le dio un poco de miedo. Hércules era el doble de grande que él y tenía músculos por todos lados. ¡Mejor llevarse bien con el primo! En realidad, Euristeo no era lo que se dice un valiente. Ni siquiera había cazado un león en toda su vida.

Era la primera vez que Hércules veía a Euristeo. Se dirigió a él con humildad:

—Los dioses me dijeron que debo ser tu servidor. ¿Necesitas algo?

Como en Grecia era invierno, Hércules imaginaba que iba a mandarlo a buscar leña o algo por el estilo. Pero su primo tenía otros planes.

—Tengo un favorcito que pedirte... En Nemea hay un león que está molestando. ¿Podrías matarlo y traermela piel? Quiero hacerme un abrigo con ella.

Así nomás se lo pidió, como si nada.

—¡Un león! —respondió Hércules, entusiasmado, acordándose con nostalgia de sus travesuras de la infancia.

Hacia Nemea salió Hércules.

Era el primero de los doce favorcitos que le iba a pedir su primo.

Pero este león no era como los demás. Tenía algo especial. Algunos decían que había caído de la Luna; otros, que era hijo de una serpiente y de un gigante.

El héroe caminó días y días, hasta que finalmente llegó a la región. De más está decir que por los alrededores no se veía un alma. Los campesinos estaban horrorizados. No había manera de matar a ese monstruo. Las armas no le hacían ni un rasguño.

Hércules avanzó por el bosque y, luego de andar unos kilómetros sin cruzarse con nadie, se dijo: "Por acá debe andar la bestia".

Preparó el arco y las flechas.

De pronto, lo divisó: era cuatro veces más grande que el león más grande.

El monstruoso animal tenía la boca ensangrentada de su último banquete. Estaba buscando un lugar fresco para dormir una buena siesta, cuando sintió algo así como una picadura de mosquito.

Nuestro héroe, que era valiente pero no bobo, permanecía escondido entre unos matorrales. Estaba bastante fastidiado.





¡Había practicado durante años el uso del arco y ahora no le servía para nada! La flecha ni siquiera había herido al león: su piel era tan gruesa que no existía arma capaz de atravesarla.

Por suerte, el animal no había visto a su perseguidor. Hércules preparó otra flecha, apuntó hacia el pecho de la bestia y disparó. La flecha voló a toda velocidad, pero rebotó como si nada. El león estaba empezando a enojarse. No le gustaba que le interrumpieran la siesta, así que se puso a buscar al molesto.

En el momento en que Hércules preparaba su tercer proyectil, el león lo descubrió. En seguida corrió hacia él con las fauces abiertas. Esa mañana ya se había desayunado dos ciervos, un toro y tres ovejas; pero ahora pensaba desparearse a Hércules de postre.

Nuestro héroe calculó que, en dos segundos, la bestia estaría sobre él. Tenía que actuar a toda velocidad: arrojó el arco y la flecha al suelo y esperó la embestida con su espada en alto. Sin embargo, la espada se dobló cuando chocó contra el león, como si estuviera hecha de cartulina. A duras penas Hércules pudo evitar el mordisco de la fiera. Le dio un golpe en la cabeza con una maza enorme. Pero el león, como si nada.

Durante unos segundos estuvieron inmóviles, lanzándose miradas de odio. Luego, con un rugido espantoso, la bestia se arrojó sobre su adversario.

Se abrazaron los dos en la pelea. Hércules esquivaba la bocaza del monstruo, y no precisamente por el aliento. ¡Cada diente tenía el tamaño de un cuchillo!

Por fin, Hércules logró ubicarse sobre el lomo del león, lejos de los tarascones. Sin dejar de apretar, y haciendo uso de toda su fuerza, lo asfixió.

Le dio bastante trabajo quitarle la piel a la bestia para llevársela a Euristeo.

—¡Qué suerte! —dijo Hércules, con toda su inocencia—. Ahora vuelvo a la casa de mi primo y descanso un poco. Y después voy a buscar un profesor que me enseñe a tocar la flauta.

Cuando Euristeo lo vio llegar, se asustó otra vez. “¡Ay, qué grandote es este tipo!”, pensó. “No me da ninguna confianza que ande por acá. Mejor, lo mando a otro lado.”

—Hércules —le dijo—, ¿te enteraste? Hay una hidra en la región de Lerna, que está molestando a la gente. ¿Me harías el favorcito de matarla?

—Sí, cómo no —respondió Hércules, disimulando el fastidio. Debía hacer otro trabajo para Euristeo. Justo ahora, que tenía ganas de aprender a tocar la flauta...



## 5. La hidra de Lerna

Hércules anduvo averiguando y se enteró de que la hidra era de la familia de las serpientes.

"Bueno, una serpiente no parece algo muy complicado", pensó. Claro que se habían olvidado de contarle algunos pequeños detalles. Por ejemplo, que esta serpiente poseía cuerpo de perro y nueve cabezas, que era terriblemente venenosa, y que tenía el tamaño de un dragón.

Vivía en el pantano de Lerna y siempre andaba con un hambre colosal. Solía comerse un rebaño entero por día.

Cuando llegó al pantano, Hércules encontró a la serpiente descansando en su cueva. No era cuestión de entrar y molestarla, así que se puso a tirar flechas encendidas al interior del refugio.

Después de quince flechas, el monstruo se despertó de bastante mal humor, fastidiado por el humo. Por la boca de la cueva, Hércules vio salir, una por una, las nueve cabezas; y se arrojó sobre ellas, empuñando la espada. Lo más difícil era saltar de un lado al otro para no ser alcanzado por el veneno. Parecía un baile.

Al rato, Hércules notó que sucedía algo extraño. Ya había cortado como doscientas cabezas y la hidra seguía atacándolo como si recién empezara el combate. Entonces se dio cuenta: cada vez que él cortaba una cabeza, la cabeza volvía a crecer.

Para colmo, en el ratito que le llevó a Hércules hacer sus cálculos, la serpiente aprovechó para enroscarse alrededor de su cuerpo. Se proponía asfixiarlo. Al pobre solamente le quedaban libres los brazos.

Entonces tuvo una idea brillante. Vio que, a su alrededor, algunos arbustos ardían debido a las flechas que él había tirado hacía un rato. De un tajo cortó una cabeza, tomó una rama ardiente y quemó la herida para impedir que volviese a crecer otra. El truco funcionó.

Después de una hora de esquivar y cortar y quemar, quedaba solo una cabeza: la más fuerte de todas. Cuando Hércules logró cortarla, sintió cómo se aflojaba el abrazo de la hidra.

—¡Menos mal! —suspiró—. ¡Ya empezaba a faltarme el aire!

Se apuró a hacer un pozo. Enterró los restos de la serpiente y se alejó corriendo de ese pantano inmundo. Jamás había cortado tantas cabezas en un día. Estaba agotadísimo.

Entendió el regreso al palacio silbando una canción. ¡Bien se merecía un descanso!





## 6. La cierva y el jabalí

A la salida de Micenas, de pésimo humor, podía verse un héroe alto y robusto, que se abría paso entre los mercaderes. Sí, era Hércules.

¡Otra vez de viaje! El pobre ya estaba empezando a hartarse de los ridículos caprichos de su primo.

No bien regresó de matar a la hidra, a Euristeo se le ocurrió mandarlo a buscar dos animales más: una cierva y un jabalí. La misión, esta vez, consistía en llevarlos con vida a la ciudad. ¡Nada de descansos!

A esta altura, Hércules ya no se dejaba engañar... Estaba seguro de que no se trataba de un jabalí y una cierva del montón.

Después de varios días de marcha, llegó al bosque que le habían indicado. Le llevó siete días más encontrar a la cierva. Era grande como un toro, pero inofensiva. Se trataba de un animal muy querido por la diosa Ártemis<sup>8</sup>, así que estaba prohibidísimo lastimarla.

<sup>8</sup> Una de las hijas de Zeus. Era una diosa salvaje, que andaba por los bosques cazando animales con sus flechas.



—¡Hola, bonita, quiero ser tu amigo —le dijo Hércules, mientras se le acercaba despacito.

Para sus adentros, pensaba: “Qué fácil está resultando este asunto”. Pero cuando estaba apenas a un metro de ella, la cierva echó a correr a toda velocidad.

“Bueno, yo también soy rápido”, se consoló el héroe. “Además, me viene bien hacer un poco de ejercicio”.

La misma escena se repitió innumerables veces: Hércules se acercaba con todo sigilo y, cuando parecía que la cierva se iba a dejar poner el lazo, de pronto echaba a correr.

“Me parece que esto no va a ser tan fácil”, pensó Hércules, mientras recuperaba el aire después de una de las persecuciones. Lo único que esa cierva sabía hacer era escaparse cada vez que veía a Hércules a un metro de ella.

Un año entero estuvo el héroe corriendo a la cierva a lo largo y a lo ancho del mundo...

9 Llegó hasta el país de los Hiperbóreos<sup>9</sup>.

10 Llegó hasta el río Danubio.

11 Llegó hasta los confines del África...

12 Pero no había caso. La cierva era inalcanzable. ¡Ya tenía ganas de matarla de un flechazo...! Pero no... Si la mataba, la diosa Ártemis iba a ponerse muy furiosa.

9 Una región donde vivían hombres muy altos y rubios. Estaba ubicada al norte, en un lugar muy frío.

—¡No puedo más! —se quejó Hércules, cansado de correr de acá para allá—. Con los monstruos es más fácil: los matas, y listo.

Al final, se hartó y tomó el arco. Disparó y alcanzó a la cierva en una de las patas traseras. De ese modo pudo detenerla sin lastimarla, casi.

—¡Menos mal! —suspiró, mientras enlazaba al animal por el cuello. Así atada, empezó a arrearla hacia el palacio de su primo. La diosa Ártemis se enteró de que Hércules había herido a la cierva y se le apareció enojadísima.

—¡Bruto, casi matas a mi mascota preferida! —le reprochó. —¡Es un rasguño, nada más! —le aseguró el forzado, con temor.

Por suerte, Ártemis estaba en uno de sus días buenos. Puso cara de fastidio, acarició a su querida cierva y subió al Olimpo a tomar un poco de néctar<sup>10</sup> para olvidar el incidente.

Cuando Hércules llegó a Micenas, Euristeo ni siquiera salió a recibirlo. El pobre le tenía tanto miedo a su primo, que ya no quería cruzarse con él ni por casualidad. A partir de entonces, empezó a mandarle las indicaciones para el siguiente trabajo a través de un mensajero.

10 Alimento de los dioses.

Hércules dejó a la cierva pastando en los jardines del palacio y, sin perder un segundo, salió a buscar el jabalí que le faltaba. Quería terminar lo antes posible para descansar un poco de tanto monstruo.

La bestia vivía a orillas del río Erimanto y hacía destrozos por todas partes. La orden era clara: debía llevarla viva a Micenas. ¿Para qué querría su primo tener vivo a semejante jabalí, si se moría de miedo con un leoncito cualquiera?

El trabajo fue pan comido para Hércules. Nada que ver con la cierva.

Encontró al jabalí entre unos arbustos, lo persiguió unos metros, se le arrojó encima y, después de corcovear un rato, lo sujetó con unas cadenas. Así atado, lo llevó a Micenas, dispuesto a descansar al menos unos días.

De tocar la flauta, ya se había olvidado.

## 7 \* Los establos del rey Augias

Antes de entrar en la ciudad, se encontró con el mensajero de Euristeo. Le entregó el jabalí y esperó las nuevas órdenes.

—Esteeeeeee... Hércules... —dijo el mensajero, que tenía miedo de que ese grandote le diera una trompada—. Mira: hay un rey, llamado Augias, que tiene los establos más inmensos del mundo. Allí guarda miles de caballos. Son los caballos más hermosos, pero también los más sucios del planeta, por desgracia. Parece que el olor de todo el estiércol que se amontona allí está poniendo de mal humor a la gente. Euristeo te pide el siguiente favorcito: que vayas y limpies los establos. Hércules no podía creerlo.

—¡Esto es el colmo! —gritó, muy enojado.

El mensajero salió desfavorido.

Y Hércules, que era rápido para resignarse, emprendió el viaje hablando solo:

—Cazar un león, buenísimo. Lo de la hidra también fue divertido. Lo de la cierva... vaya y pase. Pero limpiar unos establos llenos de estiércol... ¡eso ya no me causa ninguna gracia!



Cuando llegó al reino de Augias, la gente se inquietó al ver a semejante grandote. Pero en seguida se corrió la voz: —Viene a limpiar los establos.

Y todos lo miraron con gratitud. Porque, sin exageración, el olor que había en ese lugar era insoportable.

Podía percibirse desde varios kilómetros a la redonda.

Habitualmente, el rey Augias era bastante antipático. Pero esa tarde estaba de lo más risueño.

Y no era para menos: tenía de sirviente a Hércules, el hombre más forzado del mundo. Pero, ¿de qué iba a servirle su portentosa fuerza? Esta vez no había que matar a ningún monstruo espantoso. Se trataba de limpiar toneladas y toneladas de bosta. Y eso iba a llevarle días; incluso meses. Como le parecía divertido tomarle el pelo al pobre Hércules, el rey le propuso lo siguiente:

—Si logras limpiar mis establos en un solo día, te entrego la décima parte de mis animales.

Hércules, que era bastante orgulloso, no dudó en aceptar. —Trato hecho.

El rey y sus cortesanos se doblaron de la risa ante semejante respuesta. ¡Limpiar todo ese enchastre en un día! ¡Imposible!

Sin hacer caso a las burlas, Hércules salió del palacio. Se dirigió hacia un río cercano, que corría a unos cien pasos de los establos. Con sus fuertes brazos, trazó un surco desde las proximidades del río hasta un costado de las caballerizas. Luego, hizo abrir la puerta del otro lado del edificio y pidió a los sirvientes que sacasen los animales de adentro.

Entonces, quitando el último tramo de tierra, Hércules desvió el curso del río para que este inundara el establo. El agua entraba por un costado, recorría todo el lugar y salía por el otro extremo. De esa manera, sin ensuciarse ni siquiera la punta de un dedo, sacó todo el estiércol que había allí. Y en una sola tarde.

Al final, resultó fácil. Desviar un río era cosa de todos los días para Hércules. ¡No saben lo furioso que se puso el monarca cuando se enteró!

Hércules terminó el trabajo, ordenó a los sirvientes que acomodasen los animales en el reluciente establo y se fue a ver al rey.

—Ahora voy a elegir los animales que me llevaré.

—¡Con ayuda del río, no vale! ¡Has hecho trampa! —dijo Augias.

Sin embargo, finalmente cumplió su promesa y entregó los animales al ganador.





## 8. El toro de Creta y las aves del lago Estínfalo

Por esos días, Minos, el soberano de la isla de Creta, había prometido hacer un sacrificio en honor al dios Poseidón<sup>11</sup>.

Pero parece que después se arrepintió y empezó a decir que él no poseía animales de suficiente importancia para esa clase de sacrificios. Entonces decidió que le ofrendaría al dios el primer ser que saliese del mar. ¿Qué sería? ¿Una ballena? ¿Un delfín? ¿Un pez espada, tal vez...? ¿Y si resultaba ser una triste sardina? Eso no le hubiera gustado nada a Poseidón, que era un dios de lo más majestuoso. ¡Él quería un sacrificio importante! Y como, al fin y al cabo, tenía los poderes de un dios, hizo salir del mar un toro hermoso y gigantesco.

El rey Minos, al ver la belleza del animal, pensó: "¡Ni loco mato una criatura tan hermosa!". En seguida, lo mezcló con las otras reses<sup>12</sup> que tenía y se hizo el distraído. A la hora del sacrificio, mató otro toro, creyendo que el dios no se iba a dar cuenta del cambio.

<sup>11</sup> Dios de los mares; era hermano de Zeus.

<sup>12</sup> Animales pertenecientes a algún tipo de ganado.



Pero Poseidón no era ningún tonto y no iban a engañarlo así nomás.

—¡Ahora vas a ver! —rugió.

Y las aguas del mar se inflaron como si fuera a desentenderse un maremoto.

En ese mismo instante, el hermoso toro que había salido del mar se volvió loco y empezó a atacar a los pobres campesinos que se cruzaban por su camino. Y no solo hacía volar por el aire a los campesinos... También mataba a los demás animales, derribaba los árboles, aplastaba las casas... En fin, ese toro convirtió la isla de Creta en un verdadero caos.

Nadie era capaz de detenerlo.

Minos no sabía qué hacer.

Desesperado, le mandó un mensaje a Euristeo. El pedido de auxilio llegó a Micenas un día antes que Hércules, que volvía de su viaje a los establos.

—¡Hércules! Qué bueno que has vuelto —lo recibió el sirviente de Euristeo—. ¿A que no sabes lo que ha sucedido? En la isla de Creta hay un toro que anda molestando... Tu primo quisiera saber si puedes hacerte una escapadita hasta allí y domarlo un poco.

Hércules respondió que sí a duras penas, acordándose de Zeus. Pero puso tal cara de enojo, que el servidor casi se desmayó.

“¡Ay, en cualquier momento, este gigante nos mata a todos!”, pensó el pobre hombre.

Y allá se embarcó Hércules, resignado, rumbo a Creta.

Tratar con ese toro fue bastante complicado, por desgracia. Hércules tuvo que perseguirlo durante días. De a poco, y después de varios enfrentamientos cuerpo a cuerpo, pudo domarlo. Un mes después, el animal se tranquilizaba cada vez que aparecía Hércules, y lo obedecía. Parecía un minino regalón.



Los cretenses no salían de su asombro.

—¡Viva Hércules! —gritaban todos al unísono, mientras el héroe metía en el barco al terrible toro, que ya se comportaba como un señorito.

—Gracias, Hércules —lo despidió el rey Minos.

El viaje por mar fue tranquilo. Y así llegó el héroe a Micenas, después de cumplir su sexto trabajo.

Esta vez, Euristeo no tuvo tiempo de esconderse.

—Ah... Hola, primo... Gracias por traerme el toro... Bueno, tanto lío que hizo Minos y al final parece mansito... No te puedes quejar.

De todas maneras, Euristeo se cubría con un escudo, por las dudas. Y permanecía a una buena distancia de los dos: de su primo y del toro.

—Ah —agregó, con cara de inocente—, me olvidaba. Tengo que mandarte a hacer un trabajito más...

Esta vez, Hércules reaccionó:

—Pero ¡ya me estoy cansando! El león, la hidra, los establos, la cierva...

Se escuchó una risita nerviosa de Euristeo.

—No te preocupes, me quedan unos pocos favores más para pedirte, y luego te prometo que podrás ir adonde quieras...





“¡Unos pocos favores!”, pensó Hércules, que se moría de ganas de darle un garrotazo al pesado de su primo.

—Por el lado del lago Estínfalo —continuó Euristeo—, hay unos pájaros que les hacen la vida imposible a los pescadores y a los aldeanos. ¿Podrías darte una vuelta y ayudar a esas personas, así pueden vivir en paz?

A Hércules le gustaba ayudar a la gente en problemas, de modo que dijo que sí con la cabeza y salió como flecha hacia el lago.

“Esos pájaros deben estar comiéndose las frutas de los campesinos”, iba pensando. “¿Qué otra molestia pueden causar?”

En las tabernas por las que pasó en su recorrido, se enteró de algunos pequeños detalles que su primo Euristeo se había olvidado de contarle. ¿Cuáles? Estos, por ejemplo: que esas aves eran inmensas, que tenían unos picos de bronce que más que picos parecían lanzas, que sus patas y sus alas también estaban hechas de bronce y que, por si todo lo anterior fuera poco, sus plumas salían disparadas como flechas. Cada tanto, por diversión, salían a matar campesinos. El problema era que vivían dispersas en el gran lago, que era lúgubre como un pantano.

Cuando Hércules llegó, comprobó que, efectivamente, las aves eran enormes y terribles. Y que, además, eran muchas y volaban alto.

—¿Cómo hago para cazar estos pajarracos? —se preguntó.

Menos mal que, mientras estaba rascándose la cabeza, se le apareció, como salida de la nada, su amiga, la diosa Atenea<sup>13</sup>.

—Toca este instrumento —le dijo—, y verás lo que ocurre. La diosa le entregó unos címbalos<sup>14</sup> y Hércules empezó a hacer una música increíble con ellos.

A los pájaros, el sonido de los címbalos les disgustaba muchísimo. Se pusieron a volar alrededor de Hércules con intención de matarlo. Y él, que no estaba dispuesto a darles el gusto, tomó el arco y comenzó a bajarlos a flechazos, uno tras otro. Los pocos que se salvaron huyeron volando hacia otras tierras.

Contento con la tarea realizada, Hércules emprendió el regreso a Micenas.

—Espero que Euristeo me deje en paz —dijo en voz alta, cuando apenas le faltaban unas horas para llegar a su destino—, o le aplasto la cabeza de una trompada.

13 Una de las hijas de Zeus. Era la diosa de la sabiduría y de las técnicas.

14 Instrumentos musicales de percusión, parecidos a los platillos.

## 9. Las yeguas de Diomedes

El mensajero vio a Hércules desde la empalizada del castillo y le avisó al rey. Euristeo, como era su costumbre, se puso a temblar.

“¡Será posible!”, se dijo, desesperado. “¡Este Hércules no piensa morirse nunca?! ¡Ya sé! Lo voy a mandar a buscar unos caballos de los que me estuvieron hablando...”

Mientras pensaba esto, Euristeo se reía bajito, con maldad. No salió a saludar a su primo. Al contrario, se escondió en la parte más segura del palacio y envió al mensajero para que hablara con él.

Hércules vio venir al pobre sirviente y comprendió que se avecinaba otro encargo.

—¡Hola! Qué alegría verte de nuevo por acá —dijo el mensajero, asustadísimo, rogando a Zeus por su vida—. Ah... Me olvidaba de una cosa... Dice Euristeo que por favor vayas a traerle unas yeguas que son del rey Diomedes.

—¿Unas yeguas?



—Sí, son famosas. Hay que pedirselas a Diomedes, que es el dueño. Parece que en su reino están molestando y ya no las necesitan.

—¿Y Diomedes va a darme las yeguas por las buenas?

El mensajero se rio, pero de nervios.

—Sí, claro. Seguro que sí.

El héroe dio media vuelta y emprendió el camino hacia las tierras de Diomedes. Ya había escuchado hablar de este rey, que era un tirano muy desagradable. Nadie lo quería.

“¡Qué cosa!”, se decía Hércules. “¡Querer deshacerse de unos caballos! ¿A quién no le gustan los caballos, esos nobles y hermosos animales?”

Claro, lo que él no sabía es que, a estas yeguas, les gustaban los hombres también... pero a la hora de la comida. Más de uno, distraído, había ido a acariciarles el lomo y había terminado convertido en plato principal.

El rey Diomedes, dueño de las yeguas, divertidísimo con la conducta de sus bestias. Le encantaban los espectáculos sangrientos.

“¿Para qué quiere Euristeo estos animales?”, se preguntaba, curioso, Hércules.

Por fin llegó al palacio de Diomedes.

—Hola. Vengo a buscar unas yeguas para mi primo Euristeo.

—Ah, ¿sí? Están en el establo. Ve a buscarlas —le respondió el rey, entre risas.

Pero Hércules no se dejó engañar. En el camino, se había enterado de que esas yeguas se comían a los hombres como si fuesen aceitunas. Así que fue a las caballerizas, luchó contra los tres guardias que no querían dejarlo pasar y los encerró con las yeguas, que en ese preciso instante estaban buscando una picadita para engañar el estómago.

A los pocos minutos, para no caer justo a la hora del almuerzo, Hércules entró en el establo y encontró a las yeguas descansando luego de la comilona. De esa manera, no le resultó complicado dominarlas.

Antes de salir del reino, tuvo que luchar con varios soldados y con Diomedes en persona. Pero Hércules ya manejaba a las yeguas a su antojo, y salió vencedor. De hecho, los dulces animalitos se comieron al mismísimo rey, a modo de despedida.

Así volvió Hércules a Micenas.

Al verlo llegar desde la empalizada, Euristeo puso una cara de odio increíble.

—¡Qué barbaridad! ¡Este grandote no se muere con nada! —gritó—. Pero ya tengo pensados otros trabajitos que no va a poder cumplir...

## 10. El cinturón de Hipólita

Otra vez se alejaba Hércules de Micenas.

En esta oportunidad, su primo le ordenó ir a buscar el cinturón de la reina Hipólita.

La verdad es que le daba un poco de vergüenza cumplir esta tarea. No le parecía propio de un héroe andar robándole el vestuario a una reina. Cuando alguien le preguntaba adónde iba, él respondía:

—Este... ¿Adónde iba? Ah, sí. A matar un ogro de cuatro brazos y tres cabezas.

Claro, ignoraba qué tipo de mujer era Hipólita. ¡Nada más y nada menos que la reina de las Amazonas, un pueblo de mujeres guerreras! Los hombres de la región se quedaban en sus casas lavando los platos, mientras ellas salían a guerrear y a cazar. Eran temibles.

Cuando llegó, después de varias semanas de viaje, lo llevaron directamente a ver a Hipólita.

—Necesito un cinturón tuyo para llevarlo a mi primo. La reina sonrió y respondió con amabilidad:



—Bueno, te doy uno. Tengo muchos, y la verdad es que algunos ya están pasados de moda.

Hércules pensaba: “¡Qué sencillo parece este trabajo!”. Pero entonces se acordó de la cierva, que había parecido fácil de atrapar al principio, y después lo había hecho correr durante un año.

Y las cosas hubieran salido bien, si en ese preciso momento no hubiese surgido un problema.

¿Se acuerdan de Hera, la rencorosa mujer de Zeus? Ustedes seguramente imaginaban que, después de tantos años, ya se le había pasado el odio que le tenía a Hércules.



¡Se equivocan! Hera seguía tan ofendida como al principio. Así que decidió aprovechar la ocasión: tomó la forma de una amazona y se puso a gritar entre ellas:

—¡Hércules quiere raptar a la reina! ¡Hércules quiere raptar a la reina!

Se armó un escándalo tremendo. Las guerreras se subieron a sus caballos, tomaron sus lanzas y empezaron a correr detrás del héroe.

—Pero... ¿Qué hice ahora? —se preguntaba él, mientras esquivaba los ataques furiosos de las amazonas.

Por fin, después de combatir durante horas contra las mejores guerreras, logró vencerlas. Fue hasta el palacio y le quitó a Hipólita el famoso cinturón.

Aunque estaba enfurecido por el maltrato, dejó con vida a la reina, porque ella lo había recibido amablemente al principio.

## 11. Los últimos trabajos de Hércules

Dos trabajos más le encargó Euristeo a Hércules: ir a buscar los bueyes de Gerión y, luego de eso, robar las manzanas de oro del jardín de las Hespérides.

No crean que fueron fáciles estas dos aventuras. Gerión, el dueño de los bueyes, resultó ser un gigante de dos espaldas, tres cabezas, seis brazos y seis piernas. Como si todo eso fuera poco, vivía lejísimos, en el golfo de Gádira<sup>15</sup>.

Por otra parte, las manzanas de oro estaban custodiadas por un terrible dragón de cien cabezas. Pero lo peor era que nadie sabía indicarle correctamente a Hércules dónde se encontraba el famoso jardín de las Hespérides. Solo con la ayuda del gigante Atlas, el que soporta sobre sus hombros el peso del mundo, pudo conseguir el héroe las manzanas. Acambio, tuvo que reemplazarlo en su tarea durante unas horas. No es cosa fácil sostener el mundo. Hay que estar bien entrenado...

<sup>15</sup> Actualmente Cádiz, en España.



2 Cuando regresó a Micenas, después de estas difíciles pruebas, se encontró cara a cara con Euristeo.

—¿Algo más? —le preguntó, con expresión de pocos amigos. Euristeo, que no podía entender cómo Hércules seguía con vida, se puso totalmente pálido. Si alguien hubiese sido capaz de leer sus pensamientos en ese instante, habría leído la siguiente pregunta: “¿Cuál es la tarea más difícil y más mortífera que se le puede encargar a un hombre?”.

Como Euristeo tenía verdadero talento para las maldades, enseguida se le ocurrió la respuesta:

—Sí, primo... Un favor solito, y no te molesto más... ¿Viste que en el infierno dicen que hay un perro espantoso, con tres cabezas? Bueno, esteeee... Siempre tuve curiosidad por verlo... ¿No me lo traerías?

El héroe abrió los ojos con preocupación. ¡Ningún hombre había podido entrar en el infierno con vida y después salir...!

Hércules se dirigió a la ciudad de Ténaro, pues ahí cerca se abría una de las bocas del infierno. Para entrar, necesitó la ayuda de Hermes, el dios de los viajeros.

Días y días anduvo bajando por un pasadizo que se hundía en la Tierra, hasta que llegó al lugar donde habita

el terrible dios Hades<sup>16</sup> y conviven las almas de todos los muertos.

Los fantasmas huían espantados al notar que un hombre vivo caminaba por sus dominios. Todos los fantasmas, menos el de Meleagro, un hombre muy valiente que había muerto unos meses atrás. Se acercó a Hércules con ganas de conversar. Era un entusiasta conversador y los otros muertos lo evitaban.

—¡Hola! —lo saludó el fantasma—. ¿De dónde eres?

Hércules no estaba de humor, pero fue respondiendo con bastante amabilidad a las preguntas. En seguida, el fantasma de Meleagro se puso a hablarle de su hermana.

—Tienes que conocerla. Es hermosa. Un poco sencilla de pensamiento, ¡pero encantadora!

La verdad, Hércules no estaba con ánimo de charlar. Así que decidió cortar por lo sano:

—Sí, seguro. Debe ser divina tu hermana... Pero yo me tengo que ir —dijo, y aceleró el paso.

—Se llama Deyanira...

Por suerte, la voz del fantasma de Meleagro fue perdiéndose entre las sombras. Era un verdadero pesado, ese espíritu.

<sup>16</sup> Hermano de Zeus y de Poseidón. Era el dios del mundo subterráneo y reinaba sobre las almas de los muertos.

Al llegar a la puerta de la ciudad de los muertos, Hércules recibió terribles amenazas nada menos que de Hades, el mismísimo dios de los infiernos. Pero, como el héroe estaba impaciente por terminar con sus trabajos, disparó su arco e hirió al dios en el hombro. El pobre Hades sintió bastante dolor y cambió de actitud.

—Bueno. Te presto el perro... pero por unas horas, nomás. Autorizado a pasar, Hércules siguió su camino hasta que se encontró frente a frente con el horroroso perro de tres cabezas.

El monstruo, que se hallaba de pésimo humor —como suelen estar todos los monstruos—, le tiraba tarascones cada dos segundos. Hércules no se asustó: después de la aventura de la hidra, estaba muy bien entrenado para esquivar ese tipo de ataques, así que apenas recibió un par de rasguños. Nada de importancia.

Encadenó al furibundo perro de los infiernos y lo llevó a la rastra hasta las murallas de Micenas.

Cuando el cobarde de Euristeo divisó a su primo que se aproximaba con semejante criatura, se puso a temblar como nunca en su vida.

—¡Qué bien! —gritó desde arriba de la muralla—. ¡No es necesario que te acerques más, querido primo! Puedes





llevarte ese lindo perrito de vuelta al infierno. Ya lo vi bastante. Es muy lindo, el pichicho. ¡Ah! Y no te molestes en volver. No tengo más favores que pedirte. ¡Suerte! Saludos a la tía Alcmena...

Y así fue como Hércules se libró por fin de su insoportable primo Euristeo.

Devolvió el perro de tres cabezas al lugar de donde lo había tomado prestado y salió corriendo del infierno. No fuera a suceder que lo dejaran encerrado con los muertos.

Por primera vez, después de diez años de estar al servicio de su primo, se sentía al fin un hombre libre.

## 12\* Deyanira

Créase o no, las palabras del fantasma de Meleagro surtieron su efecto fuera del infierno. Que su hermana Deyanira era un amor. Que cantaba con la voz de una calandria. Que tenía unos ojos verdes impresionantes.

Después de un par de años de aventuras, en los que anduvo por ahí matando tigres, dragones y otras alimañas, a Hércules le vinieron ganas de sentar cabeza y formar una familia. ¡Justo cuando pasaba cerca del reino del padre de Deyanira!

Al ver a la princesa, Hércules se enamoró a primera vista. Y ella también se enamoró de él. Fue un auténtico flechazo.

Antes de casarse, el héroe tuvo que luchar contra otro pretendiente de Deyanira: el dios del río Pleurón. Pero lo despatchó en un par de minutos, sin mayores contratiempos.

El rey no estaba muy tranquilo con el compromiso. Todo el mundo recordaba que Hércules había tirado por la ventana a su esposa anterior. Este tipo de detalles no suele agradarle a ningún futuro suegro.

De todos modos, el amor pudo más; y así fue como finalmente se celebró la boda.

La vida del matrimonio transcurría en perfecta armonía. Bueno, en perfecta armonía, hasta que apareció Neso en escena.

En cierta ocasión, Hércules viajaba con su esposa. Iban a visitar a un amigo. Para llegar al lugar adonde se dirigían, debían cruzar un río muy ancho, llamado Eveno. A orillas del río se encontraron con Neso, un centauro<sup>17</sup> que cobraba un par de monedas para llevar a las personas hasta el otro lado. Hércules era muy buen nadador y pudo cruzar sin su ayuda. Cuando terminó de atravesar el río, gritó:

—¡Amigo Neso, trae ahora a mi esposa!

Entonces, Deyanira se subió al lomo del centauro —que para algo tiene cuerpo de caballo— y empezaron a cruzar el ancho Eveno.

Cuando Neso había atravesado la mitad de la distancia, sintió que se moría de amor por Deyanira. Girando la cabeza hacia ella, empezó a tirarle besitos. La princesa se asustó terriblemente, porque todavía estaban lejos de la otra orilla, y porque la corriente del río era muy fuerte. Si el centauro la abandonaba ahí, ella se iba a ahogar sin remedio.

<sup>17</sup> Ser mitológico, mitad hombre (de la cintura hacia arriba) y mitad caballo (el tronco y las patas).





—Qué hermosa eres, mi princesita —le susurraba Neso, con voz romántica—. Ven conmigo, que puedo llevarte adonde tú quieras.

—¡Ay, no! No eres mi tipo de... hombre, ¿o caballo? —le contestó ella, tratando de ignorar los piropos de ese moletoso enamorado.

—Pero yo sé que con el tiempo aprenderás a quererme... —insistía Neso.

Y como la princesa le seguía diciendo que no, al final el centauro se encaprichó y se puso a corcovear.

—¡Ay, socorro! ¡Me caigo! —gritaba la pobre Deyanira. Entonces intervino Hércules lanzando una de sus ciertas flechas.

—¡Ah! Me estoy muriendo... —exclamó el centauro, dolorido.

—Sí, ya sé, de amor —le contestó ella.

—No, me muero en serio... Tu marido me tiró una flecha... Ella empezó a sentir lástima por el pobre centauro.

Como pudo, Neso se las arregló para llegar hasta la orilla. Y allí dejó a la muchacha, bastante lejos de donde estaba Hércules, que empezó a correr para ver cómo se encontraba su esposa. El centauro yacía en la arena y sus enormes ojos miraban con amor a Deyanira. De su herida manaban gruesas gotas de sangre.

—Muero por tu amor y, por eso, hermosa, este amor será inmortal —dijo, entre toses de moribundo—. En cambio, los hombres... te quieren hoy, y mañana se olvidan.

Deyanira sintió una enorme tristeza por el centauro. Al final, no parecía tan malo, el pobre.

—Lleva contigo algunas gotas de mi sangre —siguió diciendo Neso—. Son poderosas para recuperar el amor. Si algún día él deja de quererte, mójalo con ellas. Vas a ver qué bien funcionan.

Deyanira no podía creer en la bondad de ese ser que, a un paso de la muerte, tenía voluntad para tomarse semejante molestia.

—Gracias, Neso. ¡Ya sabes que muero por Hércules! —le confesó.

—Yo también —se quejó el centauro.

Y esas fueron sus últimas palabras. Cerró los ojos y su alma bajó derecho al infierno.

Antes de que Hércules llegara al lugar donde ella estaba, Deyanira tomó un cofrecito que llevaba colgado del cuello y lo acercó a la herida de Neso. Allí guardó unas gotas de esa sangre mágica.

Luego de este susto, Hércules y Deyanira continuaron el viaje tranquilamente, sin que ocurriera ningún otro percance.

## 13. El final de Hércules

Deyanira era extraordinariamente hermosa, y eso nadie lo ponía en duda. Pero, la verdad, no era muy inteligente que digamos. La gente la quería; pero, de vez en cuando, se reía de su inocencia.

Si quieren una prueba, entérense de lo que hizo la muy ingenua.

Pasaron los años y la pareja tuvo varios hijos. El mayor de ellos se llamaba Hilo. Llegó a ser un joven fuerte y valiente, como su padre... pero más pequeño, claro.

En una ocasión, Hércules e Hilo partieron rumbo a un lejano reino, para luchar contra unos monstruos. Tampoco era cuestión de quedarse aburridos en casa.

Meses después, a través de un mensajero, Deyanira se enteró de que su esposo y su hijo habían derrotado a sus adversarios y, en unos días más, estarían de vuelta en el palacio. Ella no entendía mucho de los asuntos de los hombres, pero se alegró con la noticia.

El mensajero era un poco indiscreto y siguió charlando



con Deyanira. Se ve que no tenía ningún otro mensaje que entregar ese día.

—Ellos vienen con una princesa llamada Yole —deslizó, en un momento de la charla.

Entonces, Deyanira pensó: “Bueno, ¡qué lindo! Seguro que nuestro hijo se casa con ella. Ya está bastante grandecito.”

Ojalá la conversación se hubiese terminado ahí. Pero no. Los chismosos siempre tienen algo más para decir. Y este mensajero era un chismoso hecho y derecho:

—¿Sabías que esta Yole es una antigua novia de Hércules? —preguntó, como por casualidad.

Cuando escuchó que su marido traía a su ex novia, Deyanira se puso muy triste. Entonces se acordó del elixir<sup>18</sup> de amor que le había dado el centauro, antes de morir.

Buscó el cofrecito en el altillo donde lo había escondido años atrás. Ahí estaba, tal como lo había dejado. Lo abrió y empapó con la sangre una hermosa túnica que ella misma había bordado.

—Se la voy a mandar a mi marido para que se encienda de amor por mí —se dijo, ilusionada.

Un servidor le llevó la túnica a Hércules, que estaba descansando en una montaña, a pocos kilómetros de su casa.

18 Remedio con poderes mágicos.

Y, al ponérsela, Hércules se encendió... pero no precisamente de amor.

—¡Ay, qué calor me da esta ropa! —se quejó el grandote, y empezó a lanzar manotazos a diestra y siniestra, para sacársela.

Pero fue imposible. Esa túnica estaba embrujada con la sangre del centauro, y no hay hechizo más poderoso que ese.

Hércules empezó a cocinarse como un pollo al horno.

—¡Ay, desgraciada Deyanira! ¿Qué me mandaste? —gritaba, desesperado, una y otra vez—. ¡Un río! ¿Dónde hay un río?

Pero no pudo llegar a ningún río.

Se carbonizó antes, en medio de tremendos gritos:

—No me hacen nada los gigantes. No me lastiman los leones ni los pájaros de bronce... y me viene a matar una mujer...

Deyanira, cuando le contaron cómo había muerto su esposo, se pasó varios días sospechando que ese centauro tal vez no había tenido tan buenas intenciones como a ella le había parecido al principio. Al final, después de mucho reflexionar, tuvo que reconocer que ese Neso se había comportado mal. Y que ella había actuado como una tonta ingenua.

En fin, para empeorar las cosas, se había quedado viuda. Así fue el triste fin de Hércules.

El centauro Neso debe seguir festejándolo en el infierno.

Claro que Hércules no se murió del todo. Porque, cuando era bebé, lo había amantado la diosa Hera. Y eso significaba que se había vuelto inmortal. Así que, luego de quemarse en este mundo, subió al Olimpo para seguir viviendo allí.

La primera que lo vio llegar fue la mismísima Hera.

—Ah... Eres tú —le dijo, con cara de pocos amigos.

Pero, con el tiempo, Hera y Hércules empezaron a llevarse cada vez mejor.

Una tarde, ella se le acercó y le dijo en voz bajita:

—¿Te gusta esa diosa que está tocando la cítara sobre la nube de la izquierda?

Hércules miró a la joven divinidad y se sonrojó, porque hacía varios días que se había fijado en ella.

—Sí, es muy linda —respondió, poniéndose un poco colorado.

—Es mi hija Hebe. Si quieres, puedes casarte con ella.

Hércules miró a Hera, muy ilusionado. Estuvo a punto de recordarle la vez anterior, cuando ella lo había obligado a tirar a toda su familia por la ventana. Pero se quedó callado. No era de buena educación sacar a relucir viejos rencores. Y, menos que menos, delante de Hera.

Además, era una tarde hermosa. El sol trazaba líneas doradas de luz que atravesaban las nubes, y un rocío liviano refrescaba el cielo.





—Muy bien. Voy a hablar con ella... —aseguró Hércules, y empezó a caminar hacia donde estaba Hebe.

Pero, de pronto, se detuvo y se quedó quieto en el lugar, a pocos metros de la joven diosa.

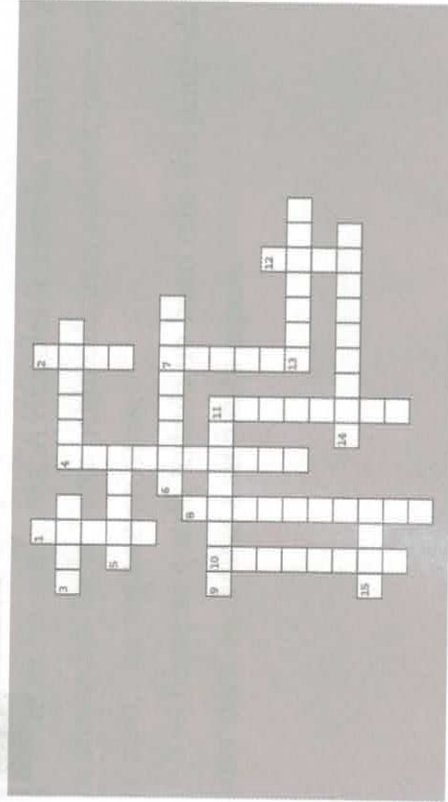
Hera se rio con ganas. A Hércules le costaba acercarse a la muchacha. En la Tierra había sido muy valiente; pero, en el cielo... las reglas eran otras.

Y el héroe se quedó todavía un buen rato allí, juntando valor para declararse a su futura esposa.

## Actividades

## ACTIVIDADES PARA COMPRENDER LA LECTURA

**1. Resuelvan.** Completen el crucigrama guiándose con las referencias. Todas las palabras son sustantivos propios relacionados con el mito de Hércules.



### Horizontales

3. Diosa esposa de Zeus y enemiga de Hércules.
4. Dios mensajero.
5. Gigante que sostenía el mundo sobre sus hombros.
6. Hermano de Deyanira.
9. Segunda esposa de Hércules.
13. Madre de Hércules.
14. Esposo de Alcmena.
15. Joven diosa de la que se enamora Hércules en el Olimpo.

### Verticales

1. Isla donde reinaba Minos.
2. Dios supremo del Olimpo.

4. Jardín donde crecían las manzanas de oro.

7. Golfo donde vivía el gigante Gerión.

8. Perro que custodiaba las puertas del infierno.

10. Primo de Hércules.

11. Pueblo sobre el que reinaba Hipólita.

12. Centauro que ayudaba a la gente a cruzar el río Eveno.

### 2. Respondan. Contesten a las siguientes preguntas:

- ¿Qué características tenían los héroes de la mitología griega (relean la página 9)?
- ¿Les parece que Hércules era un héroe? ¿Por qué?
- ¿Por qué Hera no quería a Hércules?
- ¿Qué acciones realiza Hera para perjudicar a Hércules?
- ¿Por qué Hércules debe llevar a cabo los trabajos que le manda Euristeo?
- ¿Por qué se dice que Deyanira era ingenua?

### 3. Hagan una lista. Escriban en columna los doce trabajos que tuvo que realizar Hércules.

- Marquen con un asterisco (\*) aquellos trabajos en los que se enfrentó a monstruos.
- Marquen con una cruz (x) los trabajos en los que recibió ayuda de algún otro personaje.

### 4. Comenten. Conversen con sus compañeros a partir de las siguientes preguntas:

- ¿Qué aventura de este libro fue la que les gustó más? ¿Por qué?
- ¿Qué parte les pareció más divertida?
- ¿Hubo alguna situación que les haya parecido romántica? ¿Cuál?
- ¿Algún personaje les dio miedo? ¿Cuál?
- ¿Cuál de los personajes les gustó más? ¿Por qué?



#### ACTIVIDADES DE PRODUCCIÓN DE ESCRITURA

Estas son algunas propuestas para escribir a partir de la historia que leyeron.

1. **Inventen un ser fabuloso.** La historia de Hércules está llena de seres fabulosos: el león de Nemea, la hidra de Lerma, las aves del lago Estínfalo, el Cancerbero y el centauro Neso son algunos de ellos. Relean las descripciones de estos seres. Luego, dibujen un ser fabuloso inventado por ustedes y escriban la descripción, lo más detallada posible.
2. **Escriban una historia.** Imaginen que el ser que inventaron en la actividad anterior participa en una aventura. ¿En qué época y en qué lugar sucederá la historia? ¿Qué otros personajes intervendrán? Escriban la historia que imaginaron.
3. **Escriban una carta.** Luego de la muerte de Hércules, Deyanira le escribe una carta a una amiga llamada Helena, en la que le relata lo que sucedió y le comenta sus sospechas acerca de que Neso "se había comportado mal". Imaginen cómo sería esa carta y luego escribanla.

4. **Hagan una historieta.** Repasen entre todos cuáles son las características de la historieta. Formen grupos pequeños y distribúyanse los capítulos de Los doce trabajos de Hércules. Cada grupo deberá relatar en forma de historieta el episodio que le tocó.

- Piensen y conversen con sus compañeros cómo podrían contar ese capítulo en forma de historieta: ¿qué van a mostrar en cada recuadro?, ¿qué diálogos van a poner en los globos?, ¿qué tipo de globo van a usar?, ¿cómo van a sugerir los movimientos?, ¿qué cuadros van a usar para que aparezca el narrador?
- Reúnan todos los episodios y guárdenlos en una carpeta, para que otros puedan leer las historietas en la biblioteca del colegio.

#### ACTIVIDADES DE RELACIÓN CON OTRAS DISCIPLINAS

##### CIENCIAS SOCIALES

1. **Ubiquen en el mapa.** En un planisferio, localicen los siguientes lugares que se nombran en la historia que leyeron. ¿En qué momentos se mencionan?

Grecia  Creta  Cádiz  África  río Danubio

2. **Investiguen.** El arte de la antigua Grecia dejó obras que siguen siendo admiradas en la actualidad, muchos siglos después de que fueron realizadas. Investiguen en enciclopedias y consigan fotografías e información acerca del arte de la antigua Grecia. Con los materiales que reunieron, organicen una muestra en el aula.

##### CIENCIAS NATURALES

3. **Busquen información.** La historia de la infancia de Hércules propone una explicación mítica acerca del surgimiento de la Vía Láctea. Consulten libros de Astronomía y averigüen qué es la Vía Láctea.

- ¿Cómo explican los científicos, en la actualidad, la formación de las constelaciones?
- ¿Les parece que el nombre de nuestra constelación está relacionado con el mito de Hércules? ¿Por qué?

##### CINE

4. **Comenten la película.** Vean la película *Hércules* (1997), dirigida por Ron Clements para los Estudios Disney. Comenten con sus compañeros:

- ¿Cuáles son las similitudes entre la historia que aparece en la película y la que se narra en este libro?
- ¿Cuáles son las diferencias?



## Otros títulos de la colección

### Maracumbia

SANDRA SIEMENS



Maracumbia arrasa, envuelve, arma y desarma todo en su camino. Es la tormenta más terrible del mundo, capaz de hacer llover animales, plantas y personas, de hacer perder la memoria o provocar enamoramientos repentinos. Maracumbia llega a Pueblito, un pueblo de curiosos habitantes, en el mismo momento en el que el circo Alegria prepara su función. Una novela de humor desopilante, entre el realismo y lo maravilloso.



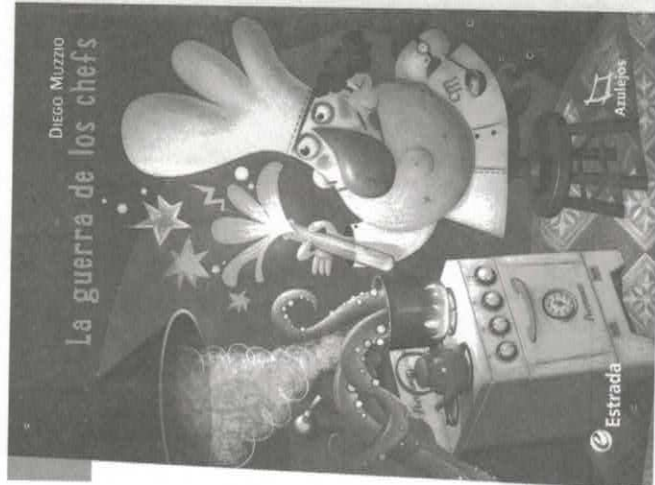




**La guerra de los chefs**  
DIEGO MUZZIO

Un cocinero, un astronauta y un hipopótamo detective sellarán su amistad en la aventura que deben afrontar en el barrio Medios de Febrero.

Diego Muzzio (Premio White Raven 2011 y Destacado de ALLJA del mismo año) vuelve a asombrar en esta novela que confirma que es uno de los mejores escritores y poetas de su generación.



## **Aventuras al teatro**

OMAR NICOSIA

¿Qué hacen los jóvenes espadachines para conquistar a la princesa de Oriente? ¿Quién ayuda al pastor a salir airoso de la contienda con caballeros de capa y espada?

¿Cómo escapa el héroe del monstruo del laberinto? ¿Qué maldición caerá sobre los exploradores que perturban el descanso de la momia? Cuatro breves obras de teatro escritas con encanto y humor.

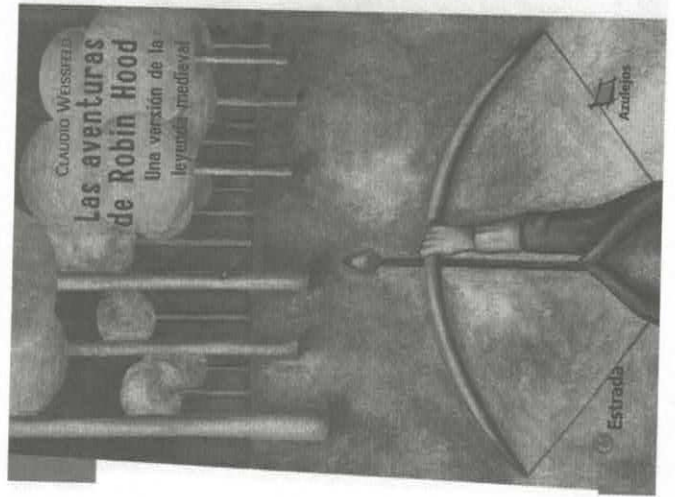




# Las aventuras de Robin Hood

CLAUDIO WEISSFELD

Una versión actual, especialmente escrita para los chicos de hoy, de las aventuras del legendario héroe medieval, amado por los pobres y perseguido por los poderosos de su época. Este clásico de todos los tiempos, que ha hecho las delicias de muchas generaciones, vuelve a mostrar el valor de la defensa de los oprimidos, la solidaridad y el amor.





*Las cuestiones de Adolfo H. H. H.*

Segunda edición - Primera reimpresión  
Esta obra se terminó de imprimir  
en marzo de 2015,  
en los talleres de Gráfica Del Valle,  
Gral. Las Heras 5047, Villa Martelli,  
provincia de Buenos Aires,  
Argentina.

SECRETARÍA DE CULTURA  
GOBIERNO DE BUENOS AIRES

H

28

JULIÁN MARTÍNEZ VÁZQUEZ

## Los doce trabajos de Hércules

Una versión del mito clásico

De todos los héroes de la mitología griega, Hércules es sin duda el más famoso. A lo largo de los siglos, chicos y grandes se han divertido con el relato de las pruebas por las que este increíble forzudo debió pasar para complacer a los dioses y a su envidioso primo Euristeo. Este libro vuelve a contar esas aventuras para los chicos de hoy.



Estrada  
[www.editorialstrada.com.ar](http://www.editorialstrada.com.ar)

Cód. 46489

ISBN 978-950-01-1634-3



9 789500 116343 >